

Maneras de encender un fuego.

Marcelo Alejandro Caparra.

Inmisiones terrupas – Waykhuli Nº 2.

“también nosotros soñamos sobre sangre que vendrá”

J. G.

Y pensar que yo me preocupo porque la “muerte súbita” -que mantuvo *muerto vivo* a mi hermano Mario y preso en el infierno de Kafka, porque Kafka vive en Av. 9 de Julio al 1100- no sea congénita o hereditaria o contagiosa.

Me explico. Hasta hace un año atrás, la poesía (y la vida) de Juan Gelman -el mejor de nuestros poetas contemporáneos- me parecía un mero objeto de estudio. Y así me acercaba a él: con fichitas en la mano y con las categorías bien erectas. Ahora, sin embargo, que me ejercito en el áspero, inapelable oficio de ser papá (hace 13 meses que me ejercito y vengo perdiendo con la vida por goleada, y para colmo reincido), *Gelman me interpela desde otro lugar.*

Quizás a este mundo sólo se lo pueda mirar con ojos cartesianos o gelmanianos.

Ya lo sabemos: René Descartes es el filósofo que inventó la Modernidad. La Modernidad es un sueño que soñó Descartes (especialmente si resulta cierta la sospecha de M. Foucault, aquello de que el sujeto es “*una invención reciente*”). Puso en el centro de la agenda filosófica la incommovible certeza en que desemboca su **duda metódica, universal**. Célebremente pronunciará Descartes, en su *Discurso del Método*, estas palabras:

“Pero advertí luego que, queriendo yo pensar que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad: “yo pienso, luego soy” era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmoverla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo como el primer principio de la filosofía que andaba buscando.”

Aunque todo trastabille, aunque la indiferencia del mundo –que es sordo y es mudónos atenace, ahí está, ahí estará el **primer principio de la filosofía moderna: el COGITO** cartesiano (imaginémoslo: es como el índice de un Dios geométrico que siempre *está*, como autenticando el Método y la inapelabilidad de lo real. El Cogito es la ciudadela de un Dios en miniatura). Así, la duda moderna se resuelve y desemboca en el COGITO y que el resto del mundo se anule o se afantasme, si lo desea.

En cambio, la poesía de Gelman no se funda en la duda metódica sino en el dolor.

En el 75 se exilia por las bestias de la Triple A, en el 76 otras bestias -¿otras?- secuestran y asesinan a su hijo Marcelo Ariel y a su nuera Claudia. Que estaba embarazada.

A partir de ahí, escribe en “*bojitas caídas del ferror/ la esperanza/ la fe*”. Mientras Rene Descartes enciende la estufa para acondicionar el mundo (la mente), la palabra de Gelman (el cuerpo) se asume como *lenguaje calcinado*. Descartes habita en su *Cogito* (y por eso es, a la postre, un metafísico); a Gelman, lo habita el *exilio* (y por eso es un poeta). Descartes es el *método*, Gelman, el *pathos*. Uno es *sustancia*, el otro, *intemperie*: “*presencia ausente de lo amado*”.

En el año 1995, cuando ya sabía que el nieto/a estaba viv/a, Gelman escribió una carta que publicó Página/12:

“*Abora tenés casi la edad de tus padres cuando los mataron y pronto serás mayor que ellos. Ellos se quedaron en los 20 años para siempre. Soñaban mucho con vos y con un mundo más habitable para vos. Me gustaría hablarte de ellos y que me hables de vos. Para reconocer en vos a mi hijo y para que reconozcas en mí lo que de tu padre tengo: **los dos somos huérfanos de él**.*”

Ahora que intento, a los ponchazos, ser papá, la metafísica de Rene Descartes todavía me deslumbra, pero la antropología huérfana de Juan Gelman me abre la piel. No sé, quizás siento que el dolor podría quebrarme a la mitad (y de todo eso charlábamos con el ilimitado amigo Eduardo Molina, una noche de septiembre en que bajo estrellas saenzpeñenses no paraba de rondarnos el fantasma de Sarmiento, y Eduardo, también flamante papá, me contó de “*Operación Traviata*”, y temimos el retorno de la canalla teoría de los Dos Demonios, que pretende “empatar” el dolor de los víctimas con el de los victimarios, y uno de nosotros dijo, ¿y qué fue la larga noche de los asesinos sino precisamente eso: un largo machetazo en la *masmédula* del país?).

- **Quizás** –dijo, bajo estrellas saenzpeñenses, uno de nosotros- **a este mundo sólo se lo pueda mirar con ojos cartesianos o gelmanianos).**

Y la verdad es que no sé cómo haría para escribir o respirar -*como un árbol sin hojas que da sombra*- a pesar de ese machetazo, contra ese machetazo. En la orfandad, siempre.

Y pensar que yo –yo egoísta: *yo que tiembla*-, que detesto los electrocardiogramas, me preocupaba que la muerte súbita fuera congénita o hereditaria o contagiosa.